

Una mirada retrospectiva en tiempos de pandemia

Equipo Editorial

Como siempre, la Historia nos da la clave de los acontecimientos que suceden en nuestro presente. También nos muestra cómo ha actuado la humanidad en el pasado, y ello puede nos puede facilitar -que no solucionar- datos que nos ayuden a entender mejor una problemática determinada. Desde principios de este año, vivimos una situación mundial inimaginable; una emergencia sanitaria que está segando la vida de cientos de miles de personas. Hace 102 años, la humanidad sufrió una de las peores crisis sanitarias de las que tenemos constancia y datos fiables, tras las epidemias de peste negra en la Edad Media -que costaron la vida a más de 25 millones de personas-.

La mal llamada “Gripe Española” de 1918, tuvo su origen probable de expansión en el estado de Kansas en marzo de 1918, y con focos muy localizados: los campamentos militares americanos. Algunos Historiadores de la Medicina analizan datos muy significativos desde 1916, con un aumento notable de muertes por “gripe”, que prodrian ser casos enmascarados de la gripe de 1918. En Europa, se identificó una mutación de este influenza N1H1 en Francia; en julio o agosto de 1918 se registró en los puertos de entrada de las tropas americanas que desembarcaban en el viejo continente para combatir entre las tropas aliadas en la “Gran Guerra”.

Extendida la enfermedad en una Europa inmersa en una guerra mundial, España, comenzó a informar y publicar datos en la prensa y otras revistas nacionales sobre la pandemia, algo que los países beligerantes habían censurado para evitar más informaciones negativas a sus ciudadanos.



Sin embargo, España, país neutral, fue elegida como causante de la enfermedad desde la corresponsalía de “*The Times*” en Madrid, cuando no hubo más remedio que informar en los respectivos países en guerra sobre la pandemia. A partir de ese momento, comenzó a denominarse en la prensa internacional como “Gripe Española”.



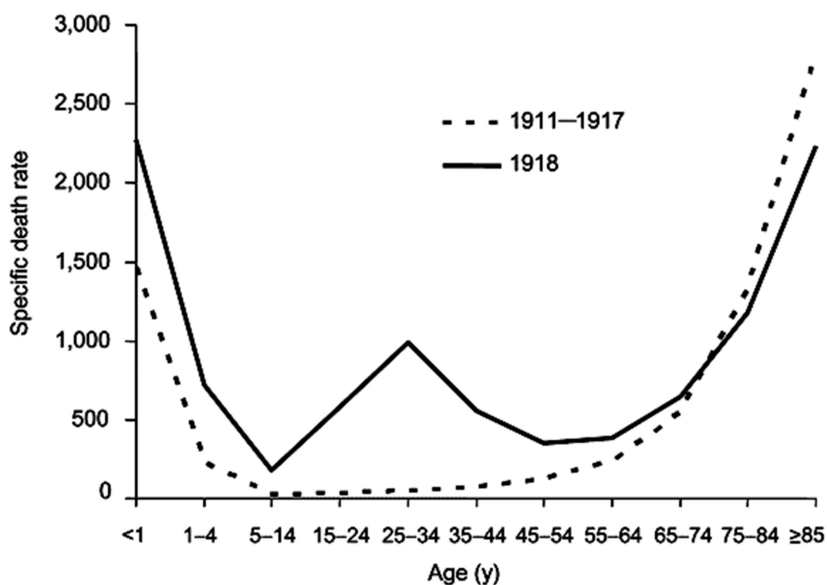
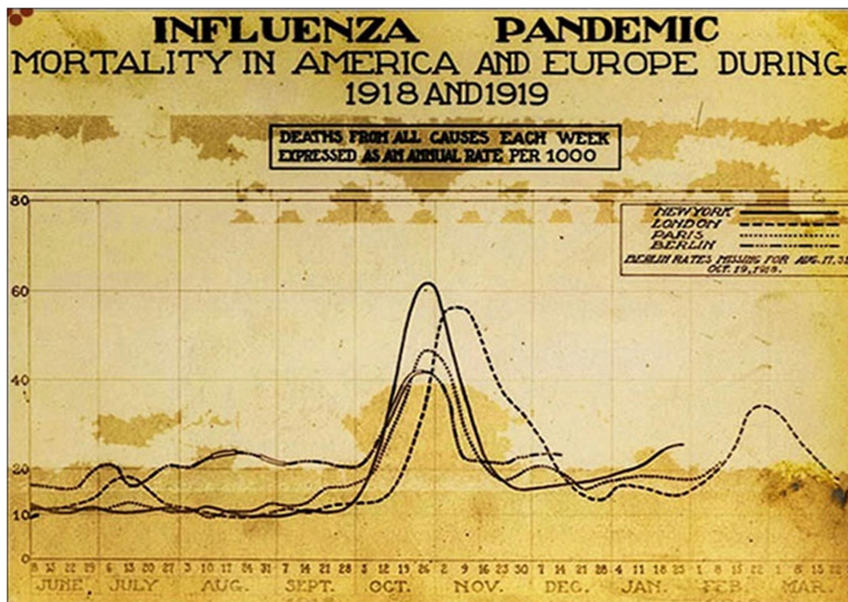
Los síntomas generales de la enfermedad eran un fuerte dolor de cabeza, acompañado de dificultades respiratorias, tos y fiebre alta. Si a las 24-48 horas estos síntomas no remitían, el enfermo empeoraba y, finalmente fallecía debido a la insuficiencia respiratoria.

La enfermedad se mostró más virulenta en una segunda oleada que comenzó en noviembre de 1918, tras una relajación de las medidas profilácticas por parte de la población. La mortalidad total de esta grave pandemia fue muy elevada; se estima que fallecieron más de 50 millones de personas en todo el mundo, aunque estos datos deben ser menores a la realidad ya que los países ocultaron las cifras reales por la censura.

El virus comenzó a decaer por sí solo a partir del verano de 1920, dejando un desolador panorama mundial, sobre todo porque la enfermedad



se cebó en los jóvenes, sobre todo en la horquilla comprendida entre los 15 y 40 años.



Fuente: Taubenberger JK, Morens DM. 1918 Influenza: the Mother of All Pandemics. *Emerg Infect Dis.* 2006;12(1):15-22





Con respecto a las medidas adoptadas para aliviar la pandemia, se encuentran el cierre de escuelas, iglesias, cines y teatros, y se recomendó evitar las aglomeraciones y las zonas concurridas. Los transportes públicos se dejaron de utilizar, recomendándose también la cuarentena en los hogares y, con respecto a las medicaciones utilizadas en los hospitales, se limitaban a recomendar reposo, hidratación, ciertos antitérmicos (Aspirina) y sangrías a los pacientes. Proliferaron igualmente remedios “milagrosos” para eliminar la enfermedad, como el ajo, beber mucho alcohol o la quinina, que duplicó su volumen de ventas.



Mas información en:

https://www.youtube.com/watch?v=3KHrSsXvqEQ&feature=emb_logo

https://www.youtube.com/watch?time_continue=6&v=si6lkKSLYZE&feature=emb_logo

Opine sobre este tema en nuestro  

Historia Digital, XX, 36, (2020). ISSN 1695-6214

© Historia Digital, 2020

